



**HOMENAJE A JUAN M. LOPE
BLANCH**

Estimados socios:

Queremos que el homenaje a D. Juan M. Lope Blanch en nuestra página tenga carácter permanente. Para ello, les invitamos a que envíen su propio texto, que se incluirá en esta sección.

El funcionamiento es muy sencillo. Escriban lo que deseen y envíenlo como correo electrónico al administrador de esta página ([juan.sanchez\[arroba\]unine.ch](mailto:juan.sanchez@unine.ch)), indicando simplemente en el asunto "Homenaje a Lope Blanch". Su texto aparecerá publicado en breve.

Juan Miguel Lope Blanch (1927-2002) In Memoriam

Humberto López Morales

Era el segundo jueves del enero de 1964. Entré con respeto al despacho del Profesor Martínez López que iba a ocupar yo ese semestre en que había sido invitado por la Universidad de Texas, precisamente para sustituirlo en los cursos sobre español medieval e historia de la lengua española durante la licencia sabática de que disfrutaba ese año. Era un despacho muy amplio, aunque las librerías de todo alrededor que se alzaban desde el suelo hasta el techo, repletas de libros y revistas, parecían adueñarse de una parte importante del local.

Una curiosidad irrefrenable me hizo acercarme a las estanterías. D. Ramón, como aprendí a llamarlo después, era medievalista, de ahí que aquellos materiales me fueran conocidos en su mayoría. Sin embargo, había sorpresas. Completa, la Revista de Filología Hispánica, y completa también hasta ese momento, la Nueva Revista, brillante continuación mexicana del proyecto porteño de Amado Alonso. Acaricié los lomos de aquellas joyas que entonces veía juntas por primera vez. Muy cerca del volumen XVI – el de 1962- de la Nueva Revista, el último de los que allí se hermanaban, se encontraba un libro de color llamativo –un amarillo naranja- que contrastaba poderosamente en medio de la sobriedad de las encuadernaciones en piel oscura de aquella biblioteca; en su lomo, título de la obra y nombre del autor: Vocabulario mexicano relativo a la muerte, de Juan M. Lope Blanch.

No lo había visto nunca antes y, sin embargo, me era familiar en algún sentido. Revisé el índice, y decidí leer la Introducción de inmediato. Lo demás podía esperar: las fotocopias de los primeros versos del manuscrito del Cantar de Mio Cid, más programas y bibliografías de mis asignaturas. Devoré en muy pocos minutos las casi nueve páginas que servían de pórtico a la obra: explicaciones detalladas y contundentes, erudición precisa, prosa tersa e impecable, y ya no pude detener la lectura.

Comprobé lo que había sospechado: se trataba de un libro fascinante. Y descubrí al fin el porqué de su familiaridad al llegar a la página 101. Allí Lope Blanch utilizaba la oración ‘Lo murieron en las puertas de la cantina’ para ejemplificar el uso transitivo del verbo morir. La memoria me llevó entonces vertiginosamente a una conferencia de

mi maestro Rafael Lapesa en la que hablaba de este uso mexicano, repetía este ejemplo y se citaba este libro de Lope, que acababa de llegar a Madrid.

Conservo los apuntes de aquella ocasión y la anotación marginal llena de ingenuidad que acompañaba a este momento: ‘¡Qué raro!’ La releo ahora, no sin cierto rubor: ¡un aprendiz de dialectólogo manifestando extrañeza ante fenómenos lingüísticos ajenos a su norma!

A este libro ejemplar he vuelto en muchas ocasiones y en cada incursión aprendo algo: un dato que no había advertido con detalle, una precisión metodológica, una forma inteligente de interrogar a las fuentes. Varios años después, aquella obra inhallable fuera de México, pasó a mi biblioteca; la generosidad de D. Ramón lo hizo posible: ‘En sus manos está mejor que en las mías’, fue todo lo que dijo. Nunca le agradecí lo suficiente ese hermoso gesto.

La imagen que tenía yo entonces de un Lope Blanch que no conocía personalmente era muy curiosa. Lo imaginaba delgado, no muy alto, casi calvo pero con una gran barba cana y con al menos el doble de edad de la que realmente tenía. Es evidente que en esto último me engañaba el despliegue de erudición y sensatez testimoniado en las páginas del Vocabulario mexicano relativo a la muerte.

Algunas de las pinceladas que componían este hipotético retrato físico –en especial lo de la edad y la estatura- cambiaron después del verano de 1964, cuando regresó a Austin de su estancia italiana mi colega de entonces y gran amigo hoy Joseph Matluck. Conocía muy bien a Lope, por eso le hicieron gracia mis figuraciones. A él debo, entre otras muchas cosas, que mi encuentro con el joven maestro de la dialectología mexicana en aquel delicioso Montevideo de 1965 fuera menos sorprendente. En aquel momento me pareció algo distante, de una cordialidad correcta y tibia y de palabras precisas y necesarias, en fin, todo lo que componía aquella máscara ficticia que usaba en los primeros encuentros, y a veces, también en los últimos, dependiendo de sus simpatías. Quien solo haya llegado hasta aquí, no conoció nunca al verdadero Lope.

En el momento de presentar mi comunicación a aquel congreso de la ALFAL (Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina), mi primera intervención en un encuentro internacional, sentí que un cierto temblor se apoderaba de mí. En la primera fila estaba Lope, con mirada penetrante y actitud adusta, acompañado por Ángel Rosenblat, cuya mirada paternal me tranquilizaba algo, y Luis Flórez, cuyo rostro se me antojaba enigmático. No vi a nadie más, a pesar de que la sala estaba repleta.

Al terminar mi exposición sobre consonantismo final del español cubano, Lope me dio una de las muchas alegrías que recibí de él a lo largo de nuestra fraterna amistad: me invitó a publicar mi trabajo en el Anuario de Letras que había fundado poco antes en la Universidad Nacional Autónoma de México, y que a pesar de su aún corta vida ya había alcanzado un prestigio muy sólido. Había pasado el examen. Yo entonces sabía muy bien lo que eso significaba.

La labor científica de Lope, deslumbrante ya a pesar de su juventud –tenía entonces 38 años- me era muy conocida. Había explorado infatigablemente en los tomos de la Nueva Revista, y Joe (Joseph Matluck) me había pasado algunas separatas. Unas

120 publicaciones en su haber. Más de 80 reseñas en las que daba a conocer las más importantes investigaciones que llegaban por entonces a la letra impresa; desde entonces las páginas de la NRFH alcanzaron, más que nunca antes, el rango de consulta imprescindible para estar informados con rigor del quehacer lingüístico de aquel par de décadas. Trabajo generoso donde los haya, que no conoció pausa ni desaliento.

Junto a esto, sus lúcidos y equilibrados ‘estados de la cuestión’; tras la aparición de ‘El estado actual del español en México’ en la influyente recopilación Pasado y presente de la lengua española, Lope se convirtió en referencia obligada para todo lo que fuera la variedad mexicana del español, y esta línea de trabajo no hacía más que comenzar. Añádase a todo esto la labor de alta divulgación de diversos autores y textos españoles: D. Juan Manuel y su Conde Lucanor, la novela picaresca, varias comedias de Lope de Vega, el Buscón.

Su labor de investigación transitaba en aquellas épocas por tres avenidas: el español de México, su gran amor, la Edad Media y el Renacimiento, y la teoría lingüística. En el primer caso, la sintaxis de la variedad mexicana fue tema de varias monografías suyas, entre las que sobresale su ejemplar trabajo sobre el uso del pretérito; también la fraseología y el léxico: aquí el germen del libro que me había deslumbrado, expresiones mexicanas relativas a la muerte y eufemismos para ‘matar con arma de fuego’, y el pórtico de su interés por los indigenismos en el español del país, tema sobre el que años después nos regalaría un libro magistral e inspirador; también estudios sobre fonética, en uno de los cuales logró poner el punto final y definitivo en un asunto tan confuso entonces como el de las vocales ‘caedizas’.

Por otra parte, su estudio sobre la expresión temporal en Berceo, es punto de referencia inevitable en la bibliografía berceana, y su acercamiento al infinitivo temporal durante la Edad Media, sigue siendo guía de nuevos análisis. En torno a la teoría, destaca su preocupación por la adecuada caracterización de elementos tales como la ‘oración’ y la ‘interjección’, por ejemplo.

A toda esta apasionada y ferviente labor de investigación se suma su tarea didáctica. Desde sus cátedras de la UNAM y de El Colegio de México dedicó una buena parte de su actividad a impartir cursos y seminarios, a ampliar los currícula de lingüística hispánica y a formar un nutrido y compacto grupo de discípulos. Más allá de las fronteras mexicanas, éramos muchos los que nos sentíamos inspirados por sus publicaciones y su ejemplo. El magisterio de Lope comenzó a dispararse a niveles continentales.

El año de 1964 es una fecha memorable en los anales de la lingüística hispanoamericana: el maestro ‘mexicano’ presentaba entonces el más ambicioso de sus grandes proyectos: el estudio coordinado de la norma lingüística culta de las grandes ciudades hispanoamericanas, primero, y muy pronto, también españolas. El proyecto nos subyugó a muchos.

Si antes nuestros encuentros habían sido fortuitos, generalmente trazados de acuerdo a los calendarios de congresos y reuniones científicas, o debidos a conferencias que Lope dictaba en Austin o a algún viaje personal mío a la capital mexicana, el proyecto de la ‘norma culta’, como lo conocíamos familiarmente, nos acercó definitivamente. Lo abracé con alegría desde los primeros momentos, convencido como

estaba de que el barco aquel era maravilloso, el puerto al que habríamos de llegar, fascinante, y el capitán de navío, el mejor de los posibles. Desde 1966, en que pasé a integrar el Comité ejecutivo del proyecto, hasta hoy casi, la ‘norma culta’ dio un tono especial a nuestras vidas.

Primero, las reuniones preparatorias, después, la elaboración de cuestionarios, el examen de los borradores, las discusiones, a veces interminables, sobre conceptos gramaticales: Madrid (1966), Bogotá (1967) y México (1968) fueron sus escenarios iniciales, pero siguieron muchas más -para analizar los estados de la cuestión y efectuar refinamientos imprescindibles-, la última hasta la fecha, de Santiago de Chile, en 2001. El mismo Lope Blanch, motor incuestionable de toda esta copiosa y compleja labor, se encargó de hacer su descripción y de evaluarla periódicamente. Baste indicar aquí que el escepticismo que muchos mostraron al principio de la obra, y su consiguiente apatía ante lo que consideraban un imposible, fue desapareciendo con el tiempo, testigo de las muestras de su imparable avance: publicación de las guías de análisis morfosintáctico y de los cuestionarios léxicos, de los materiales básicos, de los corpora de análisis y de los resultados de la aplicación de tales cuestionarios, las primeras monografías, las tesinas y las tesis doctorales y, desde luego, la constante ampliación de las ciudades objeto de estudio. Tras cada gestión, tras cada paso, siempre Lope, Lope siempre, entusiasmado, enamorado, conquistando voluntades.

Para 1971, año en que es elegido ‘en olor de multitudes’ Presidente de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina, el prestigio y la bien ganada fama del profesor ‘mexicano’ era muy notable; junto a él empezaban a destacar sus más brillantes discípulos. A su impresionante curriculum de 1965 había añadido otra treintena de estudios y reseñas. La línea fuerte, el español mexicano, creció de manera extraordinaria. No me es posible silenciar aquí El léxico indígena en el español de México, excepcional paradigma de investigación lexicoestadística, y los albores de lo que, andando el tiempo, había de desembocar en el grandioso Atlas del español de México.

Lo acompañé lo mejor que pude durante sus 16 años de presidencia de la ALFAL, primero como Presidente de la Comisión de Asociaciones (1971-1975), después como Tesorero (1975-1987), hasta que fui invitado por él a tomar el testigo, en 1987. Fue una obra, larga y entusiasmada, de entrega absoluta. La lingüística hispanoamericana nunca podrá pagar a Lope Blanch sus desvelos, su dedicación, su incesante trabajo para hacer de la ALFAL la prestigiosa asociación científica que llegó a ser.

Mucho lamenté no acompañarlo también en otras aventuras intelectuales en las que se embarcó. Mis intereses profesionales me alejaban de su gran proyecto histórico y el magistral Atlas mexicano era tarea de él y de los suyos de México.

Su fallecimiento –inesperado e injusto- nos ha dejado huérfanos a muchos. Es cierto que han terminado para siempre las ilusiones compartidas ante cada nuevo proyecto, los conciliábulos, las pequeñas discusiones y discrepancias, el trabajo en conjunto, pero nos queda su obra y, sobre todo, su ejemplo.

Cuando la perspectiva, aún teñida de la insondable tristeza del adiós, nos permite vislumbrar el conjunto de su obra –cerca de 400 títulos-, sus docenas de libros importantes, hitos obligatorios de nuestro conocimiento del español mexicano, plataforma desde la que se lanzó al continente todo, sus monografías, de igual

trascendencia, sus notas, tenemos que concluir que Lope Blanch, más que un investigador incansable, tenaz y brillante, es toda una época. Su lección científica, aprovechada por tantos de esta y de aquella otra orilla del Atlántico, no tiene parangón entre nosotros. Esta verdad no necesita demostración.

Sin embargo, junto a su sabia palabra, me gustaría que los jóvenes percibieran la ‘otra’ lección del maestro: su constante dedicación al trabajo honrado y bien hecho, su disciplina, su laboriosidad denodada, su afán de descubrir y de aprender, su amor a nuestra lengua, motor de su obra ilusionada. Aprendamos ambas lecciones. Lope no se merece menos.

J. M. Lope Blanch

Juan Sánchez Méndez

Estos últimos años están siendo terribles para la Asociación de Historia de la Lengua Española, la Filología Española y la cultura hispánica, que, tras ver con dolor y pesar como se iban Emilio Alarcos, Rafael Lapesa y Manuel Alvar, asiste ahora a la triste noticia del fallecimiento de Juan Manuel Lope Blanch. Con la nueva de su muerte hace unas semanas, todos nos vamos sintiendo cada vez más huérfanos. J. M. Lope Blanch era vocal de nuestra Asociación, a la que dedicó tiempo, entusiasmo y esfuerzos. Pocos como él han sabido encauzar y llenar de nuevos contenidos la lingüística española, la historia del español y, especialmente, la fundamental labor dedicada a Hispanoamérica y al español de América. Con sus obras se ha formado una legión de americanistas, para los que su nombre y sus investigaciones se convirtieron desde hace varias décadas en punto de referencia indispensable. Bastaba ver, cada vez que teníamos la suerte de asistir a sus conferencias, cómo se llenaban las salas para escucharle, pues desde siempre supo iluminar de manera magistral muchos puntos oscuros de la investigación. Innegable ha sido también su contribución a la Universidad Nacional Autónoma de México en la que formó a un buen número de discípulos.

Me ha tocado el triste honor de dedicarle unas palabras en la página de nuestra Asociación. Se nos ha ido otro maestro, otro sabio y otro amigo, pero nos ha dejado el valioso tesoro de su obra. Su desaparición ha sido tan prematura como imperecederas son sus ideas y sus escritos. Entre los que nos dedicamos a estos menesteres su nombre seguirá vivo y su obra continuará iluminando y nutriendo las nuevas líneas de investigación que con tan buen hacer y acierto supo abrir. Por lo tanto, no tiene sentido que detalle aquí su obra y su trayectoria científica de sobra conocida entre los miembros de la Asociación. Baste a modo de ejemplo (aunque podría citar un centenar más de títulos entre libros y artículos) su magistral obra *El habla de Diego de Ordaz*, que, como modelo riguroso, sirvió de guía a muchos de los estudios de índole histórica que se han realizado sobre el español de América.

En nombre de la Asociación quiero transmitir a Paciencia Ontañón y a sus hijos el sentir unánime de todos los socios, de dolor y de solidaridad.